
Manual contra la extinción

[Luis Prados](#)

Collapse. How Societies

Choose to Fail or Survive (Desplome. Cómo las sociedades eligen fracasar o sobrevivir)

Jared Diamond

575 págs., Penguin/Allen Lane, Londres, 2005 (en inglés)

La devastación causada por el *tsunami* que azotó el sureste de Asia el pasado 26 de diciembre motivó la aparición en la prensa mundial de una serie de historias que no suelen formar parte del torbellino diario de las noticias. Los moken de Tailandia, por ejemplo, un pueblo de una cultura marítima milenaria, habían advertido con antelación la llegada de la ola gigante. Los signos físicos de su inminencia se habían transmitido de una generación a otra desde tiempos inmemoriales y eso les salvó. Un hotel de la costa del Índico se libró del desastre gracias a haber conservado como reclamo turístico los tradicionales manglares, que actuaron llegado el momento como una barrera protectora natural.

Informaciones como éstas parecieron entonces simples detalles en medio de una catástrofe que se había cobrado decenas de miles de vidas, anécdotas de un apocalipsis, al fin y al cabo, causado por un accidente. Sin embargo, la lectura del espléndido último libro de Jared Diamond sugiere algo muy distinto: esos datos ilustran estrategias humanas de supervivencia, en unos casos, y de suicidio inconsciente, en otros. Pero en *Collapse*, Diamond (Boston, 1937), profesor de Geografía en la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA), no sólo ayuda a comprender mejor las noticias. Ofrece al lector una visión global de la fragilidad del planeta, cuya destrucción se está produciendo de forma sostenida en el tiempo y es decidida por los seres humanos, intencionadamente o no.

El ensayo, que lleva el significativo subtítulo de ‘Cómo las sociedades eligen fracasar o sobrevivir’, puede ser considerado una segunda parte de su *best-seller* mundial *Armas, gérmenes y acero: la sociedad humana y sus destinos*, con el que logró el Premio Pulitzer

en 1997. Si en aquél el autor viajaba al pasado para explicar las razones medioambientales del surgimiento de la civilización en unas regiones del mundo antes que en otras, en su nueva obra mira al futuro llamando la atención sobre las vulnerabilidades ecológicas de nuestro modelo de desarrollo.

El éxito de *Armas, gérmenes y acero* no le ahorró críticas por su supuesta corrección política -su explicación de que la preeminencia de Occidente obedecía tan sólo a la pura coincidencia de factores ecológicos olvidaba, para sus detractores, la influencia de los procesos culturales, del individualismo, del hecho de que, como escribió uno de ellos, "una idea vale más que un microbio"- ni reproches por su presunto determinismo medioambiental.

Collapse era, por tanto, una obra en cierta forma esperada y al poco de aparecer se encaramó a las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos. Este éxito y el debate que abrió después puede explicarse en dos planos. Por una parte, el libro surge a partir de ese intento de análisis científico de la historia de la humanidad que teorizaba al final de *Armas, gérmenes y acero* -si todo el mundo acepta la perspectiva científica para estudiar a los dinosaurios, por qué no se va a admitir ese enfoque cuando el objeto son las sociedades humanas, se preguntaba- y, por otra, se inserta en esa recién descubierta sensación de vulnerabilidad, de EE UU como coloso con pies de barro y del "qué estamos haciendo mal", que inquieta a buena parte de la opinión pública estadounidense, cada vez más harta de la boba autoconfianza de los políticos.

Por desplome (*collapse*) de una civilización, Diamond entiende "una drástica disminución del tamaño de la población humana y/o de la complejidad política, económica y social en un área considerable durante un tiempo prolongado", y lo explica a partir de la concurrencia, en mayor o menor grado, de cinco factores: daño ecológico (deforestación, erosión y pérdida de fertilidad del suelo, sobreexplotación de recursos), cambio climático (natural o inducido por el hombre), la presencia o ausencia de vecinos hostiles o socios comerciales y, por supuesto, la respuesta de la sociedad y sus líderes a los desafíos del medio ambiente.

Diamond analiza en los primeros capítulos varias civilizaciones fracasadas y algunos *Estados fallidos* del presente antes de llegar a una última parte del libro, en la que nos receta visión a largo plazo y adaptabilidad cultural como las medicinas imprescindibles para evitar una catástrofe que, esta vez, asegura, será global y definitiva.



Competición suicida: los caciques de Isla de Pascua rivalizaban por construir las estatuas más altas.

El derrumbe de la sociedad que levantó las famosas y enormes estatuas de Isla de Pascua es para el autor "el más claro ejemplo de una sociedad que se destruyó a sí misma por sobreexplotación de sus recursos". La completa deforestación de Rapa Nui (su nombre en pascuense), fomentada por razones políticas, sociales y religiosas -entre ellas, la insensata competencia entre sus diferentes caciques por levantar moais cada vez mayores- en un entorno ecológicamente frágil, sin vecinos ni aliados, llevó en unos pocos siglos a sus habitantes a la guerra total y al canibalismo. Además, la isla es, señala el autor, un caso "puro" de declive ecológico "en completo aislamiento". Aquella sociedad fundada en torno al año 900 y desaparecida ya cuando llegaron los primeros europeos, a comienzos del siglo xviii, estaba tan aislada en el sur del Pacífico "como lo está hoy la Tierra en el espacio". Su tragedia permite a Diamond advertir primero que sus habitantes fueron, sin duda, inconscientes e imprevisores, pero no estúpidos, e ironizar después sobre si algunas de las tópicas respuestas contemporáneas ante las amenazas medioambientales ("ya resolverá la tecnología el problema", "la prohibición es prematura" o "aún no hay suficientes pruebas") se formularon ya entonces.

La desaparición de los antiguos asentamientos escandinavos en Groenlandia casi quinientos años después de que Erik el Rojo y un grupo de vikingos llegase a sus costas hacia el 980 es un caso más complejo.

En él se combinan el daño ecológico, el cambio climático, la pérdida de contactos humanos y comerciales con Noruega, la aparición de un competidor hostil (los inuit, popularmente, esquimales) y la incapacidad cultural de los colonos para adaptarse a las cambiantes condiciones del entorno. Aquella sociedad noruega de Groenlandia -"comunal, violenta, jerárquica, conservadora y eurocéntrica"- prefirió "la supervivencia social a la biológica", y sucumbió víctima de la rigidez de su sistema de valores.

La parte dedicada al presente comienza con el caso de Ruanda, explicando los fracasos ecológicos que, como razón última, están detrás del genocidio de 1994. Sin restar un ápice de responsabilidad a los autores de la matanza de tutsis, Diamond describe las causas -superpoblación, sequía, pérdida de fertilidad del suelo y deforestación, caída de los precios de las exportaciones (café, té)- que conspiraron para destruir el tejido social ruandés y prepararon el terreno para la masacre. En cuanto a Haití, establece una interesante comparación con la República Dominicana, dos países que, compartiendo isla, tienen destinos por completo diferentes, para concluir que sus historias representan el mejor antídoto contra el determinismo medioambiental. El fracaso de Haití poco tiene que ver con que reciba menos lluvias que su vecino o fluyan menos ríos por sus tierras, y mucho con avatares políticos como la sobreexplotación colonial francesa, la importación masiva de esclavos y la granjería e irresponsabilidad de sus dictadores.

Sin ser dogmático ni ejercer de profeta, el autor está convencido de que la humanidad ha adoptado un rumbo ecológicamente insostenible. Es imposible, afirma de forma sombría, que "la Tierra soporte el impacto que supondría el acceso del Tercer Mundo al nivel de vida del Primero".

Su pesimismo, que él prefiere llamar "cauto optimismo", ofrece no obstante algunos flancos a la crítica. Los casos elegidos para su gran metáfora sobre el hundimiento de las civilizaciones, por ejemplo, se basan mayoritariamente en islas, cuyos ecosistemas suelen ser más frágiles que el de los continentes. O considera inalterables a lo largo del tiempo algunas pautas en la destrucción de la naturaleza que no siempre se cumplen: pese a la salvaje deforestación que sufre el planeta,

el consumo de madera en el mundo industrializado es menor que en el siglo xix. Diamond también cae en alguna contradicción cuando, en su examen de las sociedades, no entra en distinguos entre dictaduras o democracias. Si bien es cierto que ambas formas de gobierno pueden ser igual de destructoras o benignas para la naturaleza, la extensión de la conciencia ecológica que él ve como condición necesaria para que el mundo no se vaya al garete parece exigir una opinión pública libre. Y no deja de sorprender, por último, que a lo largo de las más de quinientas páginas del libro no cite ni una sola vez la utilidad de acuerdos internacionales como el protocolo de Kioto.

En cualquier caso, al autor no parece interesarle "tener siempre razón en todo" (como dice con humor, "atender un número razonable de falsas alarmas prueba que el departamento de bomberos funciona"), sino advertirnos de que, si no corregimos la deriva del planeta, acabaremos compartiendo con los caciques polinesios de Isla de Pascua o las élites escandinavas de Groenlandia el dudoso privilegio de ser los últimos en morir de hambre.

Manual contra la extinción. [Luis Prados](#)

Collapse. How Societies

Choose to Fail or Survive (Desplome. Cómo las sociedades eligen fracasar o sobrevivir)

Jared Diamond

575 págs., Penguin/Allen Lane, Londres, 2005 (en inglés)

La devastación causada por el *tsunami* que azotó el sureste de Asia el pasado 26 de diciembre motivó la aparición en la prensa mundial de una serie de historias que no suelen formar parte del torbellino diario de las noticias. Los moken de Tailandia, por ejemplo, un pueblo de una cultura marítima milenaria, habían advertido con antelación la llegada de la ola gigante. Los signos físicos de su inminencia se habían transmitido de una generación a otra desde tiempos inmemoriales y eso les salvó. Un hotel de la costa del Índico se libró del desastre gracias a haber conservado como reclamo turístico los tradicionales manglares, que actuaron llegado el momento como una barrera protectora natural.

Informaciones como éstas parecieron entonces simples detalles en medio de una catástrofe que se había cobrado decenas de miles de vidas, anécdotas de un apocalipsis, al fin y al cabo, causado por un accidente. Sin embargo, la lectura del espléndido último libro de Jared Diamond sugiere algo muy distinto: esos datos ilustran estrategias humanas de supervivencia, en unos casos, y de suicidio inconsciente, en otros. Pero en *Collapse*, Diamond (Boston, 1997), profesor de Geografía en la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA), no sólo ayuda a comprender mejor las noticias. Ofrece al lector una visión global de la fragilidad del planeta, cuya destrucción se está produciendo de forma sostenida en el tiempo y es decidida por los seres humanos, intencionadamente o no.

El ensayo, que lleva el significativo subtítulo de 'Cómo las sociedades eligen fracasar o sobrevivir', puede ser considerado una segunda parte de su *best-seller* mundial *Armas, gérmenes y acero: la sociedad humana y sus destinos*, con el que logró el Premio Pulitzer en 1997. Si en aquél el autor viajaba al pasado para explicar las razones medioambientales del surgimiento de la civilización en unas regiones del mundo antes que en otras, en su nueva obra mira al futuro llamando la atención sobre las vulnerabilidades ecológicas de nuestro modelo de desarrollo.

El éxito de *Armas, gérmenes y acero* no le ahorró críticas por su supuesta corrección política -su explicación de que la preeminencia de Occidente obedecía tan sólo a la pura coincidencia de factores ecológicos olvidaba, para sus detractores, la influencia de los procesos culturales, del individualismo, del hecho de que, como escribió uno de ellos, "una idea vale más que un microbio"- ni reproches por su presunto determinismo medioambiental.

Collapse era, por tanto, una obra en cierta forma esperada y al poco de aparecer se encaramó a las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos. Este éxito y el debate que abrió después puede explicarse en dos planos. Por una parte, el libro surge a partir de ese intento de análisis científico de la historia de la humanidad que teorizaba al final de *Armas, gérmenes y acero* -si todo el mundo acepta la perspectiva científica para estudiar a los dinosaurios, por qué no se va a admitir ese enfoque cuando el objeto son las sociedades humanas, se preguntaba- y, por otra, se inserta en esa recién descubierta

sensación de vulnerabilidad, de EE UU como coloso con pies de barro y del "qué estamos haciendo mal", que inquieta a buena parte de la opinión pública estadounidense, cada vez más harta de la boba autoconfianza de los políticos.

Por desplome (*collapse*) de una civilización, Diamond entiende "una drástica disminución del tamaño de la población humana y/o de la complejidad política, económica y social en un área considerable durante un tiempo prolongado", y lo explica a partir de la concurrencia, en mayor o menor grado, de cinco factores: daño ecológico (deforestación, erosión y pérdida de fertilidad del suelo, sobreexplotación de recursos), cambio climático (natural o inducido por el hombre), la presencia o ausencia de vecinos hostiles o socios comerciales y, por supuesto, la respuesta de la sociedad y sus líderes a los desafíos del medio ambiente.

Diamond analiza en los primeros capítulos varias civilizaciones fracasadas y algunos *Estados fallidos* del presente antes de llegar a una última parte del libro, en la que nos receta visión a largo plazo y adaptabilidad cultural como las medicinas imprescindibles para evitar una catástrofe que, esta vez, asegura, será global y definitiva.



Competición suicida: los caciques de Isla de Pascua rivalizaban por construir las estatuas más altas.

El derrumbe de la sociedad que levantó las famosas y enormes estatuas de Isla de Pascua es para el autor "el más claro ejemplo de una sociedad que se destruyó a sí misma por sobreexplotación de sus recursos". La completa deforestación de Rapa Nui (su nombre en pascuense), fomentada por razones políticas, sociales y religiosas -entre ellas, la insensata competencia entre sus diferentes caciques por levantar moais cada vez mayores- en un entorno ecológicamente frágil, sin vecinos ni aliados, llevó en unos pocos siglos a sus habitantes

a la guerra total y al canibalismo. Además, la isla es, señala el autor, un caso "puro" de declive ecológico "en completo aislamiento". Aquella sociedad fundada en torno al año 900 y desaparecida ya cuando llegaron los primeros europeos, a comienzos del siglo xviii, estaba tan aislada en el sur del Pacífico "como lo está hoy la Tierra en el espacio". Su tragedia permite a Diamond advertir primero que sus habitantes fueron, sin duda, inconscientes e imprevisores, pero no estúpidos, e ironizar después sobre si algunas de las tópicas respuestas contemporáneas ante las amenazas medioambientales ("ya resolverá la tecnología el problema", "la prohibición es prematura" o "aún no hay suficientes pruebas") se formularon ya entonces.

La desaparición de los antiguos asentamientos escandinavos en Groenlandia casi quinientos años después de que Erik el Rojo y un grupo de vikingos llegase a sus costas hacia el 980 es un caso más complejo. En él se combinan el daño ecológico, el cambio climático, la pérdida de contactos humanos y comerciales con Noruega, la aparición de un competidor hostil (los inuit, popularmente, esquimales) y la incapacidad cultural de los colonos para adaptarse a las cambiantes condiciones del entorno. Aquella sociedad noruega de Groenlandia -"comunal, violenta, jerárquica, conservadora y eurocéntrica"- prefirió "la supervivencia social a la biológica", y sucumbió víctima de la rigidez de su sistema de valores.

La parte dedicada al presente comienza con el caso de Ruanda, explicando los fracasos ecológicos que, como razón última, están detrás del genocidio de 1994. Sin restar un ápice de responsabilidad a los autores de la matanza de tutsis, Diamond describe las causas -superpoblación, sequía, pérdida de fertilidad del suelo y deforestación, caída de los precios de las exportaciones (café, té)- que conspiraron para destruir el tejido social ruandés y prepararon el terreno para la masacre. En cuanto a Haití, establece una interesante comparación con la República Dominicana, dos países que, compartiendo isla, tienen destinos por completo diferentes, para concluir que sus historias representan el mejor antídoto contra el determinismo medioambiental. El fracaso de Haití poco tiene que ver con que reciba menos lluvias que su vecino o fluyan menos ríos por sus tierras, y mucho con avatares políticos

como la sobreexplotación colonial francesa, la importación masiva de esclavos y la granjería e irresponsabilidad de sus dictadores.

Sin ser dogmático ni ejercer de profeta, el autor está convencido de que la humanidad ha adoptado un rumbo ecológicamente insostenible. Es imposible, afirma de forma sombría, que "la Tierra soporte el impacto que supondría el acceso del Tercer Mundo al nivel de vida del Primero".

Su pesimismo, que él prefiere llamar "cauto optimismo", ofrece no obstante algunos flancos a la crítica. Los casos elegidos para su gran metáfora sobre el hundimiento de las civilizaciones, por ejemplo, se basan mayoritariamente en islas, cuyos ecosistemas suelen ser más frágiles que el de los continentes. O considera inalterables a lo largo del tiempo algunas pautas en la destrucción de la naturaleza que no siempre se cumplen: pese a la salvaje deforestación que sufre el planeta, el consumo de madera en el mundo industrializado es menor que en el siglo xix. Diamond también cae en alguna contradicción cuando, en su examen de las sociedades, no entra en distinciones entre dictaduras o democracias. Si bien es cierto que ambas formas de gobierno pueden ser igual de destructoras o benignas para la naturaleza, la extensión de la conciencia ecológica que él ve como condición necesaria para que el mundo no se vaya al garete parece exigir una opinión pública libre. Y no deja de sorprender, por último, que a lo largo de las más de quinientas páginas del libro no cite ni una sola vez la utilidad de acuerdos internacionales como el protocolo de Kioto.

En cualquier caso, al autor no parece interesarle "tener siempre razón en todo" (como dice con humor, "atender un número razonable de falsas alarmas prueba que el departamento de bomberos funciona"), sino advertirnos de que, si no corregimos la deriva del planeta, acabaremos compartiendo con los caciques polinesios de Isla de Pascua o las élites escandinavas de Groenlandia el dudoso privilegio de ser los últimos en morir de hambre.

Luis Prados es filólogo, periodista y trabaja en el diario El País.

Fecha de creación
6 septiembre, 2007